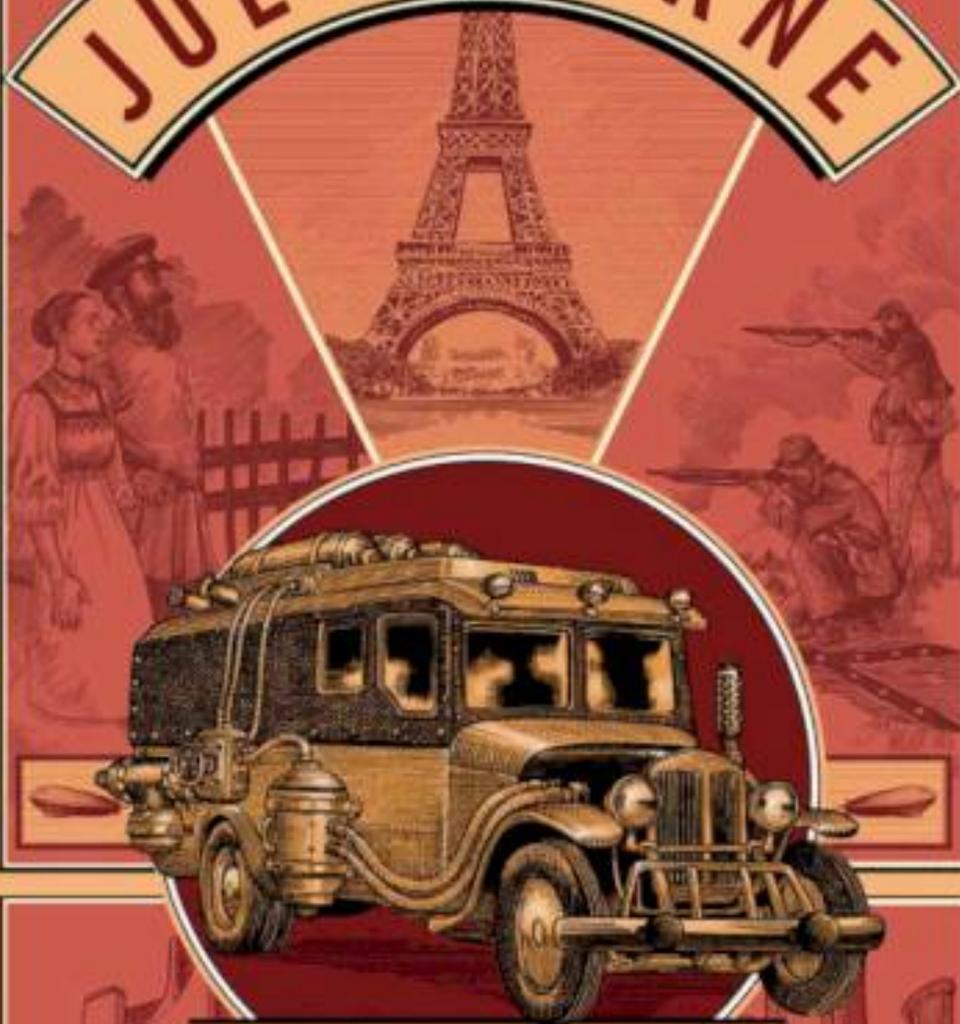


LOS HEREDEROS DE

JULIO VERNE



GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO

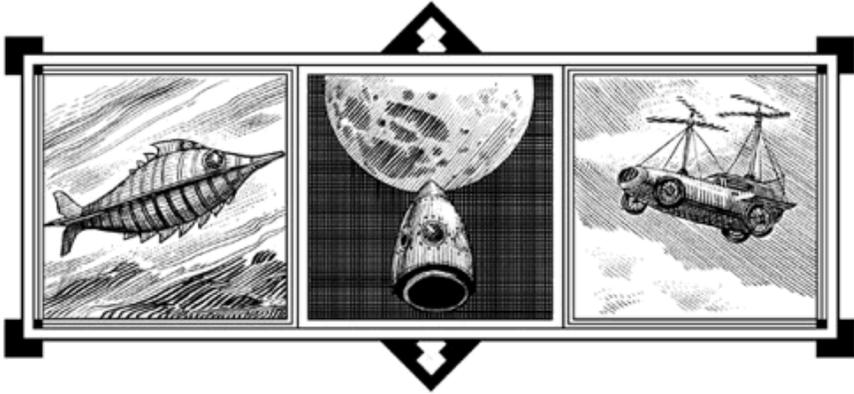
Para Ismael Quirós-Villafranca la afición de su hermano Eusebio por la obra del escritor francés Julio Verne no iba más allá de una tranquila obsesión. Sin embargo, mientras los convulsos años treinta del siglo XX avanzan inexorablemente a su fin, Ismael y Eusebio descubrirán que los conocimientos vernescos del último son imprescindibles para tener éxito en el viaje en el que ambos se han embarcado. Ellos y sus compañeros recorrerán el mundo (y puede que varios mundos) tras la pista del legado de Julio Verne y vivirán aventuras sin cuento en pos de un secreto cuya obtención puede ser más peligrosa de lo que parece cuando un segundo bando entra en liza y compite por el mismo premio.

*Los herederos de Julio Verne* es una declaración de amor por la obra del autor de Nantes y por la novela de aventuras del siglo XIX, y también una muestra de la espléndida forma literaria en la que se encuentra el autor de *Viaje a un planeta Wu-Wei*: un viaje fascinante por la obra de Verne, que nos sume en una aventura sin descanso, un viaje en el que cada escala es más fantástica que la anterior y cuyo final quizá no sea el esperado.

En 1978, el gran aficionado a Jules Verne, Michael de l'Ormeriaie, editó una serie de seis platos dedicados al mismo, recogiendo escenas de algunas de sus novelas. Fue un homenaje al 150.º aniversario del nacimiento del célebre escritor. Su tamaño era de 18,5 cm de diámetro. He aquí el que conmemora *La isla misteriosa*.

(De la colección del autor)

Cartagena, 23 de junio/6 de septiembre, de  
2012



## Capítulo Primero

### Mi segundo día en la Comarca

En este segundo día de mi estancia aquí, me he despertado antes de que ella lo hiciera. Durante unos minutos he contemplado su hermoso rostro, que en el sueño reviste la misma serenidad y fortaleza que siempre ha manifestado desde que la conocí. He decidido dejarla dormir, ya que en mí quedan aún los agradables recuerdos de nuestros sentimientos y del amor que vivimos anoche, siempre repetido y siempre nuevo.

He salido al exterior, después de manejar torpemente los mandos del alimentador para obtener un café y unas tostadas. Solo conozco algunos de los alimentos de este lugar, y no sé buscarlos muy bien. Todavía no soy más que un recién llegado, y tengo mucho que aprender sobre la nueva vida que me espera, y sobre este grande y maravilloso país.

En el cielo azul, surcado por nubes blancas y grises, destella el sol, pero no el sol de la Tierra que he conocido durante toda mi vida. Es un poco más pequeño, de un amarillo claro, muy brillante, y exhala un calor suave y uniforme. Lentamente, ya que se trata del amanecer, han ido desapareciendo los celajes grises que anoche le envolvie-

ron como el velo de una joven recatada, hasta que lo cubrieron por completo y dejaron paso a una noche estrellada, por la que navegaba una gran Luna pálida. Es bastante más grande que la Luna de siempre, y sobre su superficie, de un tono nacarado, hay trazos de ámbar y de gris, que podrían ser continentes, así como de extensiones plateadas, que podrían ser mares. Como es natural, siendo ahora el amanecer, la Luna y las estrellas, suaves puntas de diamante sobre un terciopelo azul oscuro, han desaparecido.

Ayer me comentó ella que hoy tocaba viento, y algo de lluvia, pero parece que no va a ser así.

A no mucha distancia, a mi derecha, está la playa de arena dorada, y un mar de un azul intenso, casi añil, en el cual destacan las blancas crestas de las olas. A lo lejos, se distinguen varias islas, que deben ser semejantes a esta costa en que nos hallamos, cuyo nombre, según ella me ha dicho, es Tesaida. Veo los bosques que se extienden hacia el interior, entre cuyos troncos relumbra a veces el blanco o crema de una pequeña casa, de un alto edificio, o de una instalación mecánica.

—Buenos días, Ismael —dice ella.

Acaba de salir de la casita, vistiendo la misma túnica azulada, sin mangas, y muy corta, que se puso ayer cuando llegamos. Sus brazos y sus hermosas piernas relucen bajo la luz del sol.

Me pide que nos sentemos en la veranda, pues tiene que pedirme algo. Lo hago, contemplando la alta columna azulada que se divide en lontananza, sobre el azul más oscuro del cielo, y que parece alzarse hasta el infinito. Tiene una forma ligeramente cónica, siendo más ancha en la base, oculta por el horizonte, y estrechándose poco a poco hacia la cima, que casi debe rozar el cielo. Veo que unas pequeñas motas negras ascienden a lo largo de esa enorme estructura, trazando una curva en espiral que, enroscándose en ella, permite a esas motas, sean lo que sean, as-

cender hasta la cima. Ayer no me dio tiempo a contemplar este paisaje.

—Son visitantes, trabajadores, directivos... —dice ella, contestando a una pregunta que no he realizado—. Y carga también. Aparatos, víveres, mecanismos. ¿Cómo te sientes, Ismael, *mon amour*?

—Me encuentro muy bien, querida mía —he respondido yo—. No siento dolor ni molestia alguna, no tengo frío ni calor, y sobre todo, tengo la sensación de que no debo preocuparme por nada, que todo está bien, y que no habrá problemas ni dificultades nunca más.

No es cierto del todo, pero no me parece que deba añadir nada, por el momento.

—Perfecto, Ismael. Así debe ser.

Se ha reclinado sobre mí, colocando su mano derecha encima de la mía.

—Tengo que pedirte una cosa —dijo—. Todo recién llegado a la Comarca debe hacerlo. Has de escribir una historia de tu vida, lo mejor que puedas y sepas. Por otra parte, tú fuiste el primero que nos vio llegar a tu castillo en la máquina del tiempo, y el que más colaboró en la búsqueda de la herencia de Jules Verne. Eres quien mejor puede describir todo lo sucedido.

—Pero, ¿si yo no sé escribir! Si apenas he leído media docena de novelas. Si se tratase de un informe técnico, tal vez. O si fuera como mi hermano Eusebio...

—Pero él no está aquí, ni creo que quisiera estar. Tanto él, como Serge, como Denise y Chantal, o como tus padres, incluso, se hallan en el lugar que les corresponde. Son felices allí, y no necesitan más.

—Yo te necesito a ti, hermosa.

Me incliné para besarla, lo que aceptó con una graciosa sonrisa. Mientras lo hacíamos, con lentitud e intensidad, deslizo sus dedos en mi cabello, con una caricia enormemente sensual.

—Veamos, Ismael —dijo—. ¿Qué problemas tienes?

—¿Tengo que contar toda mi vida antes de que llegaseis a la finca de mis padres? Es larga, muy dolorosa a veces, y aburrida. Cualquiera que tuviera que leerla toda, se cansaría. Puede que necesite diez o quince capítulos antes de alcanzar el momento en que te vi por primera vez.

—Abréviala. Haz capítulos cortos.

—O sea, capitulines. Pero no me gusta el nombre.

—Le buscaremos otro, cariño. Bien; veamos otras cosas. Primero, el brazalete.

—¿Qué es eso?

Me mostró una especie de brazalete, para colocar en el antebrazo izquierdo, como de doce centímetros de ancho. Era de metal plateado y tenía zonas de distintos colores, más claros o más oscuros, artísticamente combinados.

Me di cuenta de que ella llevaba otro, parecido o igual.

—Bueno; lo usaré. Supongo que con mi nuevo apellido, Quiroy.

—Desde luego. Esto suple a todos esos teclados y pantallas que me has visto utilizar. Te voy a explicar lo más elemental.

Durante un buen rato escuché sus explicaciones, que pude retener con toda facilidad. Aprendí a pedir un transporte personal, a solicitar comida o bebida, a regresar a nuestra casa, a señalar una emergencia de cualquier tipo, y a utilizar el aparato como teléfono para comunicarme con ella, con sus padres, o con los amigos que había ido conociendo.

—Y ahora, si te parece, pedimos un biplaza, y nos desplazamos al lugar donde podrás iniciar tu relación. Yo tengo que trabajar, ¿sabes?

Le pasé el brazo por la cintura y la atraje hacia mí, sintiendo como su cuerpo se adosaba al mío.

—No me apetece mucho —respondí— prefiero que te quites esa túnica y que nos bañemos los dos, desnudos, en ese mar tan hermoso.

Pareció desfallecer un poco, entornó los ojos, y se dejó hacer. Al cabo de unos instantes estábamos chapoteando entre las olas, agradablemente frescas. La arena era suave bajo nuestros pies descalzos, y estaba tachonada por pequeñas piedrecillas verdes, negras y rojas. Nos abrazamos, nos besamos y nos acariciamos mientras las olas coronadas de espuma nos empujaban suavemente uno contra otro. Nos dijimos una y mil veces, con dulces palabras, lo que nos queríamos y lo que nos necesitábamos mutuamente. Yo, que siempre he sido un hombre fuerte, y que he preferido el cultivo de los músculos al de la mente, me volvía sabio ente sus brazos. Y ella, que siempre ha sido una intelectual, docta y conocedora de mil materias, se volvía ingenua e ignorante entre los míos, y buscaba mi boca una y otra vez como si no la hubiera probado nunca.

—Lo dejaremos por hoy, mi amor —dijo con voz baja y sensual—. Hoy para nosotros dos. Pero mañana empezará a escribir.

—Mañana empezaré, te lo prometo. ¡Ah, tesoro! Ya sé cómo se llamarán esos pequeños capítulos. Como casi serán un índice, ese será el nombre. Índices. Índice 1, Índice 2...

—Más completo, Indicios, Ismael. Indicios.

—Así será, hermosa.

Y así va a ser. Desde luego, esas dos denominaciones tendrán una ventaja. Es evidente que mi vida se divide en dos grandes etapas: antes y después de la llegada de la máquina del tiempo. El antes son los indicios; el después, son los capítulos. Yo me imagino que los sabios de este lugar no querrán echarse al cuerpo, solo porque sí, todo lo que yo escriba. Haciéndoles saber esa distinción, podrán elegir entre leer unas secciones y otras no. Aunque lo más probable es que mi manuscrito, sin ser leído siquiera, sea arrinconado en cualquier archivo polvoriento.

He visitado el lugar destinado a esta nueva aventura: ser autor de un libro, aunque solo se trate del relato de mi vi-

da. Es una simple cabaña, hecha de ladrillo, con una amplia habitación (mi estudio) un alimentador y un aseo. Un móvil unipersonal, pedido mediante el brazaletes, me traerá y me llevará.

—Esto es lo más importante —ha dicho ella— señalando a la mesa. Esto no existía en tu tiempo. No es más difícil que usar que una de tus viejas máquinas de escribir. Pero como verás, mucho más completo. A pesar de que ahí tienes el libro de instrucciones, te daré unas explicaciones sencillas.

—Para ti es muy conocido, ¿verdad?

—Hace cientos de miles de años que lo conocemos.

Es un teclado, como el de una Remington, pero mucho más fácil de utilizar, más plano, más elegante de colores, y con una pulsación enormemente más suave. Ante él hay una pantalla rectangular, semejante a las que he visto en estos últimos días. Y un poco separada, hay otra máquina desconocida, del tamaño de una caja de zapatos.

—Es una impresora —dijo ella.

—¿Una imprenta?

—Parecido. Podrá imprimir en un momento todo lo que escribas. Veamos, primero conectas este interruptor. Luego, buscas con la punta del dedo, sobre la pantalla, este icono. Sí; esta figura con una letra A.

Me he maravillado de lo que puede hacer este aparato, llamado ordenador, y de lo que puede realizar la herramienta incorporada (ella la ha llamado programa). Se puede escribir un texto cualquiera, borrar con un simple toque las palabras que sobren, incorporar otras, que aparecen al instante en la pantalla, insertar frases olvidadas, cambiar y sustituir las palabras entre sí, usar tipos de letras diferentes, guardar lo escrito en una memoria, para recuperarlo al día siguiente tal como lo dejaste... ¡Increíble! Nunca pensé que pudiera existir algo semejante.

He probado a imprimir algunas frases. Y la llamada impresora lo ha hecho en unos segundos, con unos tipos de

letra elegantes, claros y bien trazados.

—No es necesario que te apresures —ha dicho ella—. Si un día no quieres trabajar, no lo hagas. Recorreremos la Comarca, lo veremos todo, comeremos bien...

—¿Y tu trabajo?

—Cuando tenga que realizarlo, lo haré. Ahora, por lo menos, escribe un par de folios como ensayo. Así vas tomando práctica. Al principio te serán más fáciles los Indicios que los Capítulos. Pero empieza, querido Ismael.

Y tal como ella me ha pedido, voy a empezar.



## Indicio 1 Mi familia

Mi padre se llamaba (y se llama aún, claro está) Antonio Quirós-Villafranca (con guion en medio) y Jiménez. Y mi madre, Leticia Baena Recalde. Se casaron en 1908, siendo mi padre cinco años mayor que mi madre. Por razones que de niño no entendí, no se comprendieron muy bien, hallándose distanciados durante buena parte de su matrimonio.

En 1910 nació mi hermano Eusebio, débil, no muy alto, y tirando a obeso. A los diez años, en una partida de caza a la que le llevó mi padre, el disparo de un cazador despistado le hirió el brazo izquierdo, dejándoselo medio inútil. A partir de entonces Eusebio huyó de todo lo que fueran campos, bosques, tierras de labor, acequias, ríos y sembraderas, evitando poner los pies en un suelo que no estuviera cubierto por cemento o baldosas y a ser posible, techado. Eso no impidió que cogiera todas las enfermedades infantiles, tos ferina, sarampión, paperas, varicela, y alguna más que no lo era. Estudió Filosofía y Letras y dedicó su tesis doctoral a Jules Verne.

En 1918 nací yo, heredando de mi padre la corpulencia y la fortaleza física. Ya desde niño me gustaron los depor-

tes, y cuando llegó la hora de estudiar una carrera, me negué a ir a la Universidad. Me gustaba trabajar con las manos, unir piezas con tornillos, golpear hierros al rojo, fundir plomo, y manejar máquinas capaces de hacer agujeros. Gracias a un muchacho que conocí, Remigio Martínez, un poco mayor que yo, descubrí la Institución Virgen de la Paloma, situada ante la Dehesa de la Villa. Allí comencé a estudiar para maestro industrial, a pesar de las protestas de mi madre, que decía que aquello provenía del Asilo de San Bernardino, el de la Moncloa. Seguramente a sus amistades y lejanos parientes, que tenían ciertos confusos atisbos de nobleza, les parecería mal. Pero mi padre lo admitió, un poco a disgusto, pues hubiera preferido que me hiciese ingeniero agrónomo.

En 1930, ya un poco tarde, nació mi hermanita Cecilia, a la que llamábamos Celia. Era rubia, muy guapa, y muy lista. Parecía una princesa de cuento de hadas. Me quería mucho (y yo a ella) y me llamaba cariñosamente *Papo*. Estudió, como Eusebio y yo lo hicimos de párvulos, en el colegio de unas monjas francesas discípulas de la Beata Favre de Seligman, llamadas «las favrentinas» que llevaban una gran toca triangular de tela blanca almidonada.



## Indicio 2

### Bienes de mi padre

A la muerte del abuelo Melchor, hombre manirroto, jugador, mujeriego y bebedor, en 1895, mi padre, hijo único, heredó los restos de la fortuna que su padre no pudo gastar. Se trataba de tres fincas, sitas en Madrid, Zaragoza y Málaga, respectivamente.

La de Madrid se llamaba La Alquería y gozaba de una casona destartada, medio en ruinas, que mi padre reparó. La de Málaga, en los confines con la provincia de Granada, y lindante con la costa, se llamaba El Albarral, y poseía una pequeña mansión tipo cortijo, donde se vivía con cierta comodidad. Y la de Zaragoza se hallaba en las Cinco Villas, a no mucha distancia de Sos del Rey Católico, siendo la más grande en extensión. Disfrutaba de lo que llamaban Castillo de Arbiel, que de castillo no tenía nada, ni almenas, ni foso, ni puente levadizo, ni poternas, ni saeteras. Era un edificio con forma de caja de embalaje, con tres plantas, y una ancha torre rectangular en uno de los extremos, que levantaba tres plantas más. En determinado momento, conseguí que me dejaran para mí solo la sexta planta, desde la

que se divisaba una hermosa perspectiva de collados, montes y caminos de herradura.

Cuando mi padre las recibió, las tres se hallaban en un estado lamentable. Apenas producían unos miles de pesetas al año, y los escasos campesinos que trabajaban en ellas vivían miserablemente. Pero mi padre lo transformó todo. Comenzó por pedir un crédito bancario, ya que ninguno de sus familiares (tan atrapados como él) ni los nobles amigos de mi abuelo, pudieron o quisieron ayudarle. Además los segundos lo miraron con desprecio, por el hecho de que se pusiera a trabajar denodadamente, incluso como si fuera un bracero más.

Con el préstamo mi padre abrió pozos, racionalizó las explotaciones y cultivos, utilizó la laguna existente en la finca de Málaga, abonó las tierras e introdujo métodos modernos de producción. Pasó enormes apuros para sacar adelante aquellas grandes extensiones de eriales, matojos y pedruscos, vendiendo muy a disgusto algunos pequeños pegujales separados, pues como decía él «quien vende las tierras pierde las tierras y el dinero». Diez años más tarde, en 1905, había cancelado el préstamo, tenía unos pequeños ahorros y había transformado las tres fincas. Donde malvivían diez campesinos, trabajaban treinta; donde había tierras pedregosas y reseca, se encontraban ahora regadíos, tres pequeñas bodegas, dos almazaras, un secadero de jamones, y se empezaba a construir una fábrica de conservas. Igualmente restauró y modernizó las tres casas solariegas, y también otra, de la que no he hablado hasta ahora y que estaba en Madrid, en la plaza del Príncipe Alfonso<sup>[1]</sup>, esquina a la calle del Prado, justo enfrente de los Almacenes Simeón.

Unos años más tarde, su capital era suficientemente grande como para cortejar a mi madre, y contraer matrimonio con ella.



### Indicio 3

## La historia del caballo equivocado

No es extraño que mi madre le atrajera, pues era alta, delgada, majestuosa y de una gran belleza, aunque con cierto aspecto glacial. Parece ser que en su familia había algunos títulos, aunque nunca pasaron de ser un comentario confuso. Creo que tenían bastantes pergaminos y muy poco efectivo. También creo que mi madre se casó pensando en el relumbrón social que los caudales de mi padre podían darle. Se equivocó totalmente. Mi padre era hombre de zahones, de botas de montar, de camisa a cuadros con las mangas remangadas, de sombrero de alas anchas, tipo cowboy, y al que le gustaba demostrar su fuerza quedándose desnudo hasta la cintura y levantando a pulso, abrazándolo con toda su musculatura en tensión, un tonel de a 8 (125 litros).

Los trabajadores le aplaudían, y una amiga de mi madre, mirándolo con ojos que brillaban como hornos, comentó:

—¡Qué hermosa bestia!